

Las fuerzas de *yocle* o por una ecosofía del agua



Luis Reyes Escate

Profesor auxiliar de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, doctorando del programa de Antropología Social del Museo Nacional, Universidad Federal de Río de Janeiro
luisreyes.2703@gmail.com

Fecha de recepción: 26/06/2020

Fecha de aceptación: 27/10/2020

Resumen

El siguiente texto, el cual adopta la forma de un relato etnográfico, es producto de cuatro años de trabajo con la comunidad de pequeños agricultores de un pequeño distrito costero afroandino del Perú llamado Subtanjalla. Este relato se asienta en diversos agenciamientos etnográficos, a través de los cuales se busca hacer evidente la manera en la que la concepción subtanjallina del agua desestabiliza la univocidad ontológica con la que en la Modernidad se define este “recurso natural”. Con el objetivo de enfatizar mis propios aprendizajes sobre estas otras formas de concebir el agua, procuro establecer afinidades entre las concepciones de los pequeños agricultores de Subtanjalla y la expresión cosmopolítica “más que” de De la Cadena y Blaser así como con algunas dimensiones del concepto guattariano de “ecosofía”.

■ **Palabras clave:** ecología política, escasez hídrica, Perú, ontología, antropología.

The forces of *yocle*: For an ecosophy of water

Abstract

The following article that takes the form of an ethnographic account, is the product of four years of working with the smallholder community of a small afroandean coastal district of Peru called Subtanjalla. The account is based on various ethnographic events, in which I highlight the way in which the Subtanjallinos' conception of water unsettles the ontological univocality with which this “natural resource” is defined in modernity. In order to emphasize my own learning about these other conceptions of water, I seek to establish affinities between the Subtanjalla smallholders' conceptions of water with the cosmopolitical expression “more than” coined by De la Cadena and Blaser, as well as with some dimensions of the Felix Guattari's concept of “ecosophy”.

■ **Keywords:** Political ecology, Water scarcity, Peru, Ontology, Anthropology.

Les forces du yocle, ou: Pour une écosophie de l'eau

Résumé

Le texte suivant, qui adopte la forme d'un récit ethnographique, est le produit de quatre années de travail avec la communauté de petits agriculteurs d'un district côtier afro-andin du Pérou appelé Subtanjalla. Cette histoire est basée sur divers événements ethnographiques, à travers lesquels on cherche à mettre en évidence la manière dont la conception Subtanjallina de l'eau déstabilise l'univocité ontologique avec laquelle cette "ressource naturelle" est définie dans la modernité. Avec l'objectif de souligner mon propre apprentissage sur ces autres formes de concevoir l'eau, j'essaie d'établir des affinités entre les conceptions de l'eau des petits agriculteurs de Subtanjalla avec l'expression cosmopolite "plus que" créée par De la Cadena et Blaser ainsi qu'avec certaines dimensions du concept guattarien d'"écosophie".

■ **Mots clés:** écologie politique, la pénurie d'eau, Pérou, ontologie, anthropologie.

Introducción

Desde la década del noventa, dos de las principales características del paquete neoliberal introducido por el régimen de Fujimori en Perú fueron: 1) el énfasis en promover la reducción del aparato estatal a través de privatizaciones de servicios y 2) el incremento de la inversión extranjera. Uno de los sectores que se vio profundamente afectado por estas reformas fue la agricultura. Probablemente, el cambio más notorio fue la aparición de las grandes agroexportadoras de capital extranjero que se asentaron, en un principio, en el sur de la costa peruana para luego extender sus bases al litoral, centro y norte del país. Otro cambio radical fue que, debido a la reducción de la inversión estatal para la agricultura, la infraestructura pública (canales, pozos, acequias, compuertas) y maquinaria utilizada para la irrigación cayó en estado de abandono. Al mismo tiempo que esto sucedía, el sector privado comenzaba a construir, acaparar y modernizar su propia infraestructura y maquinarias las cuales estaban a la vanguardia tecnológica.

Este proceso de neoliberalización del sector agricultura catapultó a las regiones costeras a experimentar el llamado "boom del agronegocio" que ha contribuido al crecimiento económico de muchas de las regiones del litoral peruano. La región que más se ha visto beneficiada económicamente por el mencionado boom ha sido Ica, zona desértica costera localizada al sur de Lima y tercera región con mayor crecimiento económico del Perú (Cancino, 2012: 23). Sin embargo, el desarrollo económico ha venido de la mano de la intensificación de la escasez del agua tanto de la superficie como del subsuelo. Tal y como ha sido explicitado por Oré, "el nivel del acuífero de Ica-Villacurí ha bajado dramáticamente (60 cm por año)" (Ore *et al.*, 2014: 270). Si esta tendencia continúa, la Autoridad Nacional del Agua (ANA) ha previsto que para 2025 casi el 75% de la tierra cultivable de Ica se verá afectada por una extrema escasez hídrica, generando nuevas configuraciones de las redes hidrosociales existentes en sus vastos territorios agrícolas.

En Ica, uno de los grupos de actores que se ha visto más afectado por la creciente escasez hídrica es el de los pequeños agricultores quienes, en su mayoría, son adultos mayores descendientes de indígenas costeños (antiguamente denominados indígenas yungas) y afrodescendientes. Desde julio de 2016, he venido trabajando en la realización de trabajo de campo, junto con los pequeños agricultores iqueños, específicamente con los pequeños agricultores de Subtanjalla, distrito "mestizo" con una población actual de más de veinte mil habitantes, fundado en 1959 por los descendientes de los

“negros” esclavizados africanos y arrendatarios “cholos” y “serranos” de la hacienda de La Macacona, quienes disponen del canal denominado “La Quilloay” como principal vía de irrigación.

En realidad, Subtanjalla, además de ser el lugar donde realizo trabajo de campo en la actualidad, es también la tierra de donde proviene mi familia y el lugar donde viví desde que nací hasta cumplir los doce años de edad. Es debido a esta conexión profunda que tuve con Subtanjalla que, casi quince años después, decidí volver en estos tiempos en los que, como dicen los viejos del pueblo, “la modernidad se está tragando las costumbres del tiempo de antes”. Ya como antropólogo, empecé a interesarme por reconectar con los conocimientos que los más ancianos del pueblo —que son los que aún se dedican a la agricultura a pequeña escala en sus chacras de una hectárea o incluso de menor extensión— siempre nos han impartido a las generaciones más jóvenes del pueblo.

Basándome en los prolongados y profundos diálogos que he venido entablando con ellos, fue que comencé a notar que el problema del manejo del agua no era un mero asunto ambiental, tal y como es concebido desde la cosmología moderna occidental, sino un problema que podría catalogarse —usando un término acuñado por Guattari— como *ecosófico* (1990). Esto es, un asunto que versa sobre los territorios existenciales, o modos físicos y cosmológicos de habitar en el mundo, instaurados a través de la articulación de los tres registros ecológicos identificados por Guattari en su célebre libro *Las tres Ecologías*: la ecología ambiental, la ecología social y la ecología mental (1990: 8). Así como para Guattari no solo son los paisajes naturales sino también los terrenos culturales y existenciales los que están siendo arrasados (2013: 540) por la lógica neoliberal, para los pequeños agricultores de Subtanjalla no es solo el agua como recurso hídrico la que escasea sino que también se encuentran en peligro de extinción los *territorios existenciales* que se instauran a partir del agua desde, como acostumbran a decir los viejos subtanjallinos, “los tiempos de antes”.

Además de entender que el manejo y escasez del agua es un asunto ecosófico, aprendí que se trata de un problema de *equivocaciones*, entendido como lo ha propuesto Viveiros de Castro (2004), como una situación en que cada uno de los grupos de actores involucrados cree estar hablando de lo mismo pero “eso mismo” resulta ser algo radicalmente diferente para cada uno de ellos. La equivocación, como bien detalla Viveiros de Castro y también Solhdju (2014), no se trata de un yerro o desacierto, sino de las diferencias ontológicas que se establecen, con mayor predominancia, en las llamadas relaciones interculturales o interétnicas:

(...) no es un error o una ilusión, no involucra una objetificación imaginativa en el lenguaje moralizador y pos-ilustración de la reificación o fetichización (hoy en día mejor conocido como “esencialización”). Diferentemente, la equivocación es la condición limitante de toda relación social, una condición que se torna superobjetificada en el límite de las llamadas relaciones interétnicas o interculturales, donde el juego del lenguaje diverge al máximo. (Viveiros de Castro 2004: 12)

Sin embargo, mientras estuve aprendiendo de las prácticas de los pequeños agricultores, noté que la gran diferencia, en términos de las *equivocaciones*, entre ellos y los demás grupos de actores, es que los pequeños agricultores de Subtanjalla reconocen la existencia de estas y, así, han aprendido a navegar por los múltiples territorios existenciales que cohabitan en los flujos del agua que bajan por La Quilloay.

Esto es, son conscientes de que a pesar de que los múltiples actores se refieran aparentemente a “lo mismo”, en este caso al agua, estos pueden estar hablando de cosas

radicalmente distintas. Por ejemplo, Reina Pérez, habitante octogenaria de Subtanjalla, me dijo que “el Estado cree que somos ignorantes porque no vemos al agua como ellos, y nosotros creemos que ellos son ignorantes porque no la ven como nosotros. Pero nosotros somos menos burros porque nos damos cuenta que ellos y nosotros estamos viendo dos cosas diferentes mientras que ellos no”.

A partir de varios argumentos que comparten ideas de fondo con lo expuesto por Reina Pérez, pude entender que los pequeños agricultores de Subtanjalla abrazan una cosmología que se aleja de los mortales poderes reduccionistas que tornan en esencias homogéneas todos los seres y sus potencias vitales que pueblan la tierra. Por el contrario, lo que nos proponen los pequeños agricultores de Subtanjalla es aprender a mantener la diferencia y a potenciar las fuerzas vitales de los seres que habitan la tierra. Es decir, nos proponen mantener y potenciar la multiplicidad existencial que cohabita en una aparente misma materialidad: el agua.

Por ello, en este texto trataré de encarar analíticamente el asunto del manejo del agua *no solo* (De la Cadena, 2015) como un asunto ambiental sino como multiplicidad ecosófica que encapsula en sí una multiplicidad de territorios existenciales. Partiendo del punto de vista de los pequeños agricultores de Subtanjalla, intentaré explorar al agua como un *agenciamiento*,¹ ensamble de elementos heterogéneos, que actúa como puerta cósmica a la confluencia de múltiples territorios existenciales, conectados a través de *conexiones parciales* (Strathern 2004), las cuales “ofrece(n) la posibilidad de conceptualizar entidades (o colectividades) *con* relaciones integralmente enterañadas (...); emergiendo de la relación, las entidades son *intrarelacionadas* en vez de *interrelacionadas*” (Strathern 2004: 32).

En este punto considero fundamental hacer una pequeña aclaración sobre el estilo de escritura y problematización conceptual al que recurriré en este texto, ya que no se ajusta estrictamente al canon antropológico. Este texto busca instaurarse como un ejercicio especulativo que, en lugar de satisfacer los cánones disciplinares (demostrar que he leído todo lo que se supone que debo haber leído para poder escribir sobre la relación que establecen los pequeños agricultores de la costa peruana con el agua), intenta mantener una conexión de forma pragmática a la propia existencia y pensar de los pequeños agricultores de Subtanjalla. Esta elección no se ve influenciada por el hecho de haber nacido y crecido en Subtanjalla sino por mi afán de contribuir a la invención (en el sentido que le da Roy Wagner al término) de una antropología heterogénea, la cual se apega a aquello que Stengers denominó “el compromiso no académico de usar un mínimo de referencias” (Massumi y Stengers 2009).²

El agua nueva

Mi reloj de mano indicaba que eran casi las siete de la mañana de un cinco de mayo. El calor del verano ya se había ido, pero aún no llegaba el frío. “El clima está cambiando más con el paso del tiempo”, solían quejarse los viejos cada vez que notaban que sus

1 Guattari en un pie de página en su libro *Revolucion molecular* (2017) apunta que “Puede definirse como la relación de cofuncionamiento entre elementos heterogéneos que comparten un territorio y tienen un devenir (al contrario que el concepto de estructura, ya se aplique en el psicoanálisis o la antropología, donde los elementos que se integran son de carácter homogéneo y solidarios entre sí). Igualmente sirve de contrapunto al concepto de identidad, pues un agenciamiento relacionará términos que son multiplicidades y, como decíamos, siempre en devenir”.

2 Espero que la cita que usé para explicar mi compromiso con no citar se entienda no como una contradicción sino como un recurso heurístico-sarcástico empleado para satisfacer los posibles deseos academicistas de los antropólogos más recalcitrantes.

predicciones climáticas ya no eran acertadas. “Yo no estoy equivocado, el que está equivocado es el clima”, bromeaba Julio Espinoza en estos casos.

Estábamos todos sentados, al lado de una montoncito de paja mezclada con hojas verdes que, en lugar de arder, humeaba a borbotones. Se humeaba para espantar a los mosquitos y para que los gusanos y otros bichos salieran de los árboles y frutas, evitando así las plagas. Los chucracos (*crotophaga sulcirostris*) y chaucatos (*mimus longicaudatus*) bajaban del celeste cielo, posándose sobre las parras. Esperaban pacientemente la salida de los gusanos y otros insectos.

Yo miraba a estas negras y grises aves posadas en los sarmientos de las parras de uvas y recordaba el miedo que les tenía en mi infancia. “Chucrá, chucrá”, gritaban los chucracos, amenazantes, mientras extendían sus negras alas, revoloteándolas sobre las ya amarillentas hojas de las parras.

Bebíamos un poco de pisco acholado y conversábamos sobre la llegada del *agua nueva* que, según decían los pequeños agricultores, estaba *despuntando* por el cauce del río Ica. Escuché que uno de los viejos agricultores dijo, a modo de reclamo, que la época de la *blandura* (el sereno) aún no llegaba.

La blandura es importante porque en abril y mayo empiezan a sembrarse los granos usados para las comidas diarias, sobre todo las sopas (frijoles, canchales, pallares, etc.) Estos granos crecen en plántones pequeños llamados *matas*, cúmulos verdes intrincados que crecen pegados al caliente suelo iqueño. Por ello, para que las matas no se resequen ni se quemen por el calor del suelo, necesitan de la blandura, fresca y delicada agua proveída por los fríos amaneceres de mayo.

Ante este reclamo por la falta de blandura, otro agregó que la ausencia de la blandura en mayo se debía al cambio climático y al cambio de calendario. “No hay blandura, pero tenemos que agradecer que aún hay agua de avenida. Antes, el dieciocho de marzo, el día del látigo de San José, se acababa toda el agua. Ahora es mayo y aún nos llega agua. Es loco, pero a veces esto nos beneficia”, dijo el señor Armando Galindo, conocido como El Soldado, ex policía y pequeño agricultor.

Seguimos bebiendo, esperando a que liberaran el agua para regar las pozas que en ese momento se encontraban llenas de parras secas y sin hojas. Conversando sobre los problemas con los que se enfrentan actualmente, algunos en el grupo dijeron:

—Han venido varios especialistas y han dicho que el principal problema es que el agua del subsuelo está siendo acaparada por la agroindustria— afirmó don Julio Espinoza, ex alcalde del distrito de Subtanjalla y actual pequeño agricultor.

—Sí pues, Julio. Pero para nosotros ese no es el principal problema porque casi ni usamos el agua de pozo— continuó diciendo Luis Escate, ex trabajador del Ministerio de Salud y actual pequeño agricultor.

—Exacto, esa agua no es para la chacra, es para la gente. El agua que está abajo, encimita de... ¿cómo le dicen?... la napa freática... es agua sin mucha fuerza que es más para el cuerpo de gente. En cambio el agua para la chacra es la que viene de arriba, de la sierra— agregó El Soldado.

A través de estas palabras, los pequeños agricultores se referían a que el agronegocio es el sector que más emplea el *agua de pozo* (agua del subsuelo) para irrigar sus terrenos de cultivo. En cambio, los pequeños agricultores emplean, mayormente, el *agua nueva* o *agua de avenida* que son tipos de agua superficial que viene de las lagunas y

ríos que nacen en los Andes. Mi curiosidad por lo dicho en ese momento me llevó a preguntarles por qué el agua de la sierra era mejor para las chacras.

—Es que viene con fuerza, con bastante *yocle*, marroncita. El agua del subsuelo, en cambio, ya dejó todo el *yocle* para la tierra. La tierra ya absorbió toda la fuerza, y la ha dejado más quietita para que la consuma la gente. Por eso, esa agua del subsuelo es potable. Esta agua nueva que es bien marrón, agua con *yocle* como le digo, hace que la tierra le pase toda la fuerza a las parras. (J. Espinoza, comunicación personal, 2017)

Conversando con Luis Peña sobre el *yocle* enfatizó en que había que tener cuidado al emplearlo. En el diálogo que sostuve con él, me explicó que no solo se trata de ver que el color sea marrón, lo cual es un buen síntoma, sino también se debe sentir el espesor del agua:

—No pues, que el agua sea marrón es lo básico, pero más que por el color marrón se conoce por la espuma que trae en su cresta. Si trae espuma, eso quiere decir que viene con *yocle*. Pero hay que ver qué tan espesa está. Si está muy espesa hay que dejarla correr porque trae mucho *yocle* y eso ya puede matar a nuestras parras. Pero si está bien aguadita, sí, al toque hay que abrirle la compuerta y dejarla entrar a las chacras porque es una buena agua. (L. Peña, comunicación personal, 21 de mayo de 2017)

Días después de estar en la chacra charlando con el grupo, me reuní con Lucho Escate para que me explicara por qué el agua que viene de la sierra es mejor que el agua del subsuelo para la irrigación de sus chacras. El siguiente trecho es una transcripción de lo dicho por Lucho Escate durante la entrevista.

—Bueno, primero tendría que explicar que es el *yocle*. El *yocle* vendría a ser la capa de nutrientes que trae el agua nueva en su cuerpo. Son los minerales que le dan el color marrón, bonito, como chocolate. Y se conoce que trae bastante *yocle* cuando, además del color marrón, tiene una espumilla blanca en la punta de sus ondas. Si viene con bastante espuma es una buena agua. Y preferimos esa agua porque el *yocle* es purita fuerza. Hace que las plantas crezcan con más fuerza y hace que la tierra también se nutra bien.

—Y ¿de dónde sale el *yocle*? ¿cómo se forma?—, pregunté.

—El *yocle* se forma porque arriba, en la sierra, las montañas tienen bastante vida. Los de la sierra tienen bastante conocimiento y saben cómo tratar sus aguas y sus tierras. Ellos las llenan de vida porque hacen sus rituales, conversan, como dicen, con sus montañas y... bueno, todita esa fuerza de los serranos es la que viene junto con el *yocle*. Acá, por ejemplo, ya es diferente, ya como somos más mestizos, nos hemos olvidado de muchas formas para darle fuerza al agua, por eso es importante aprovechar el agua que viene de arriba. Y además, allá hay bastantes minerales, sales, y otras cosas que forman la vida, y mientras va bajando se va juntando con los nutrientes de los animales y las plantas, y de los otros suelos diferentes, y de la misma lluvia, y de las cosas que se hacen en otros pueblos también, todo lo que se va encontrando se va arrejuntando en el *yocle* conforme va bajando. Por eso es que el agua se hace tan espesa y marrón. Toda esa mezcla la hace más rica y ayuda a que la tierra se vuelva más fértil. Y esa agua, cuando llega aquí, nosotros la usamos primero para regar las chacras, para darle su alimento a las plantas, árboles, y matas. Pero lo que nadie se da cuenta es que esa agua se usa dos veces.

—¿Dos veces? ¿Cuáles son las veces que se usa el agua nueva?

—Bueno, la primera vez es cuando regamos las chacras, ¿no? Ahí, nosotros regamos llenando toda la poza... bien bonito las llenamos. Llenecitas quedan de pura agua marroncita y friecita. Como unos treinta centímetros las llenamos de agua. Y todos los ingenieros dicen que somos atrasados porque usamos mucha agua. “La empozan por las puras”, dicen de nosotros. Dicen que el método que ahora se usa en las agroexportadoras, de riego por aspersión o por goteo, es mejor porque gasta menos agua. Ellos riegan con agua de pozo, sacan agua del subsuelo con sus pozos tecnológicos. Una vez que sacan el agua, ponen al lado de cada parra un sistema que bota una gotita que cae cada quince segundos durante todo el día. Pero ahí está la brutalidad de ellos que nos creen brutos a nosotros. El agua que ellos usan solo les sirve una vez porque cae la gota a la tierra, y como es tierra caliente, la gota se evapora y ahí nomás se desaparece el agua. En cambio, nosotros, la segunda vez que usamos el agua es cuando esa agua que estaba en la poza es absorbida por el suelo. La tierra se chupa el agua, y esa agua va bajando hasta llegar a lo que le llaman la napa freática. Antes, en mi juventud, la napa estaba a dos o tres metros abajo, pero ahora dicen ya debe estar a ochenta metros. Pero bueno... cuando la tierra chupa el agua, la tierra sirve como un filtro. En la capa de arriba se queda todo el *yocle*, todita la fuerza, minerales, sales, nutrientes, todo lo que necesitan las plantas y árboles.

—Y abajo entonces ya queda limpia ¿no?

—Y abajo, en la napa freática, queda el agua filtrada, que es agua limpiecita, como de manantial que es usada por nosotros, los humanos. Pero estos burros de las agroexportadoras, están usando toda el agua que es para el consumo humano y se la dan a sus chacras. Agua filtrada, purita le dan, por eso la tierra está sin fuerza. Y además, esos cojudos se están llevando el agua que nosotros estamos guardando abajo de la tierra. Por eso es que nos dejan sin agua, y la tierra ya no produce tanto. La joden doblemente. Bien *hambrientos* (avariciosos) son. (L. Escate, comunicación personal, 2017)

De los Andes a la costa

De estas y otras conversaciones relacionadas a la irrigación de terrenos agrícolas, lo primero que llamó mi atención es el reconocimiento que los pequeños agricultores hacen de las relaciones entre los valles costeros y las zonas altoandinas. Las constantes descripciones de este tipo de relación en la que los valles costeros se beneficiaban del movimiento de las aguas fluviales provenientes de las lluvias que caían sobre las lagunas y glaciares andinos, me llevaron a pensar en el concepto de *control vertical*, introducido por el etnohistoriador estadounidense John Murra (1974).

Más que una reflexión fiel al concepto de Murra, el cual denota un macrosistema socioeconómico articulante de diversas etnias y pisos ecológicos en zonas nucleares en las que se cultiva y explota una variedad de recursos para luego intercambiarse entre zonas para la manutención de sus poblaciones (1974), lo descrito por los subtanja-llinos me pareció una *sobrevivencia* de este sistema, entendida como un componente del tiempo de antes aún presente en el tiempo de ahora.

Inmediatamente, compartí estos pensamientos con los pequeños agricultores, a lo que ellos respondieron diciendo que estaban plenamente de acuerdo con la idea de que lo que ellos vivenciaban en la contemporaneidad se trataba de una sobrevivencia, pasado no pasado, de una variación del control vertical descrito por Murra. Incluso, para ilustrar la relación entre los Andes y la costa, me hicieron recordar el mito de “La

Achirana del Inca”, el cual narra que en 1412 el Inca Pachacútec llegó con su ejército a conquistar las tierras de Ica.

Según los relatos de los subtanjallinos, no hubo guerra porque antes de iniciarse, el Inca negoció con los guerreros iqueños su unión al imperio. Como parte de las celebraciones por el acuerdo, el Inca pasó, junto a su ejército de cuarenta mil hombres, una semana por el territorio del *pago* de Tate, donde conoció a una bella mujer. El Inca quedó prendado, pero la doncella no le correspondió porque estaba enamorada de un hombre de su comarca. Resignado, el Inca decidió emprender su marcha de vuelta al Cusco, pero antes de retirarse se acercó a la doncella y le dijo que le gustaría complacer el máximo deseo que ella tuviese. La doncella le pidió que hiciese llegar agua para su pueblo. El Inca, aún enamorado, le prometió que en diez días su deseo se cumpliría. Y fue así como se marchó con un puñado de soldados, mientras el resto se quedó a abrir el ahora llamado “Cauce de la Achirana”, el cual abastece de agua a los campos de cultivo del valle de Ica.

Según aprendí junto a los pequeños agricultores, en la época de los *gentiles* (los no bautizados) se traía agua para que la gente de la *pampa* (desierto) pudiera cultivar sus alimentos como el pallar (*Phaseolus lunatus*), el cancate (*Lablab purpureus*) y el algodón. En agradecimiento a los pueblos de donde venía el agua, se les mandaba pescado del mar, algodón, pallares y otros productos que en la sierra no eran comunes. Según los pequeños agricultores, en esa época, el *agua nueva* era incluso de mejor calidad que la de ahora porque la gente de la sierra sabía que los productos de la costa iban a beneficiarlos directamente. Por ello, se esforzaban en mandar agua en grandes cantidades y con la medida justa de *yocle*.

Pero ese tipo de relación cambió en la época de las haciendas y del dinero. Se seguía trayendo el agua de los ríos que nacían en las montañas serranas, pero ya no se les daba nada a cambio. Ahora, eran los pobladores de Ayacucho y Huancavelica quienes tenían que bajar a las haciendas costeñas a ganar un poco de dinero para llevar a sus familias. “Ya no había agradecimiento. La plata y el patrón cambiaron todo”, dijo Reina Pérez. Empero, en la época de las haciendas, el agua todavía era buena porque los hacendados de la sierra tenían pactos con los hacendados de la costa. Ambos grupos tenían interés en que los productos fueran buenos por lo que se preocupaban por tener agua de buena calidad tanto en la zona altoandina como en el litoral.

Sin embargo, desde la década del noventa, aunque el *agua nueva* baje con bastante *yocle*, ya no tiene la misma calidad de antaño. Esto sucede porque ya casi no quedan agricultores en la sierra que le den fuerza al agua proveniente de las montañas. Ahora, la mayor parte de la población andina *ha bajado* a la costa y ya no se dedica a la agricultura. “Aún queda conexión con la sierra. Pero ahora se siente que es una conexión débil... ahora hasta la gente de la sierra ya está en la costa, se han vuelto costeños”, dijo Armando Galindo.

Todo esto me llevó a entender que, desde el punto de vista de los pequeños agricultores de Subtanjalla, los territorios de la costa y los territorios de la sierra, aunque distantes geográficamente, están conectados a través del flujo del *agua nueva* proveniente de los ríos y las lagunas. Esa agua, nacida y cultivada en la sierra, fertiliza los campos de cultivo del litoral peruano, los cuales le retribuyen a las tierras andinas con alimentos nacidos y cultivados en las fértiles tierras de los valles costeros. No se trata, por lo tanto, de una relación lineal, sino de una circular. El agua que baja de la sierra a alimentar a la tierra costera regresa en forma de alimentos que nutren los cuerpos de los humanos y animales andinos. De igual manera, es importante resaltar que a través del agua no solo son los humanos quienes establecen relaciones. Se generan articulaciones entre seres heterogéneos como el agua, la tierra, los ríos, las

lagunas y lagos, los humanos, las plantas, los animales, etc., sin que exista entre ellos una clara jerarquía ni divisiones tan marcadas. ¿El agua que riega las tierras de los subtanjallinos es del canal de irrigación de la Quilloay?, ¿del río Ica?, ¿de la laguna de Choclococha?, ¿o de las lluvias provenientes de las cargadas nubes serranas? Al igual que el agua, las relaciones fluyen, por eso no existen fronteras bien definidas.

La circularidad de las relaciones no simplemente es espacial sino también temporal. El flujo del agua no solo sirve como puente entre los Andes y la costa sino también entre los tiempos de antes y los tiempos de ahora. Esas sobrevivencias o “costumbres casi perdidas que aún nos quedan del tiempo de antes”, como me decía Lucho Escate constantemente en forma de *ritornelo existencial* (Guattari, 1990: 39), creo que merecerían ser entendidas en relación a lo que Stengers y Debaise denominan “la insistencia de los posibles” (2016).

Estos autores nos dicen que cuando los posibles³ insisten, una situación se torna importante, lo cual implica “apegarse a algo en un mundo que desaparece (...) Tornar una situación, pasada o presente, en importante significa intensificar el sentido de los posibles que en ella se encierran, tal y como son expresados por las luchas y demandas de hacerlos existir de otras maneras” (Debaise y Stengers, 2016: 17). Pensando conjuntamente con los pequeños agricultores de Subtanjalla, y con Debaise y Stengers, creo que más interesante que apoyarme en la historia para detallar los cambios que se han dado en las relaciones agrícolas entre la sierra y la costa (tema en el que los pequeños agricultores tampoco parecen estar muy interesados), es entender pragmáticamente que esta relación témporo-espacial todavía continúa siendo importante para los pequeños agricultores de Subtanjalla ya que les permite especular sobre otros modos de relacionarse con el agua y sus tierras a través de prácticas agrícolas del tiempo de antes que aún existen, e insisten, en el tiempo de ahora.

Entender la relación espacio-temporal entre la costa y la sierra como circular o, mejor dicho, sin un origen y un fin específicos sino más bien como un ensamblaje de componentes heterogéneos, me llevó a pensar el agua y las relaciones que esta suscita como un agenciamiento colectivo que, según Guattari, puede ser definido como una articulación que produce:

(...) sus propios medios de expresión (...) Ya no estamos frente a un sujeto, un objeto, y, en tercer lugar, un medio de expresión; ya no tenemos una tripartición entre el ámbito de la realidad, el de la representación o representatividad, y el de la subjetividad. Lo que tenemos es un agenciamiento colectivo, que es a la vez sujeto, objeto y expresión. El individuo ya no es el garante universal de las formas de significación dominantes. Aquí todo puede formar parte de la enunciación, desde individuos hasta zonas del cuerpo, trayectorias semióticas o máquinas conectadas a todos los horizontes posibles. (2017: 60)

³ Lo posible es un concepto usado por Stengers y Debaise para referirse a las líneas de fuga que nos recuerdan que, en un futuro, es posible existir de una manera diferente a la que estamos experimentando en el presente. Lo posible, como en la frase ¡Otro mundo es posible!, es aquello que tenga menos chances de acontecer pero, tal vez por ello, nos otorga más posibilidades de especulación. El concepto de lo posible, de esta forma, se opone radicalmente al de lo probable, el cual representa aquellos futuros que son la continuidad del presente que vivimos. Es así que lo probable, al contrario de lo posible, se refiere a ese futuro que seguramente acontezca y, debido a ello, cercena nuestra creatividad especulativa.

Agua nueva y agua de pozo

El segundo punto que llamó mi atención es la clasificación del *agua nueva* venida de la sierra como agua para las chacras, y el *agua de pozo* como agua para el consumo humano. Primeramente, me gustaría enfocarme en los motivos por los que el agua nueva se considera apropiada para el uso agrícola. Conversando con los pequeños agricultores, me hicieron notar que el agua nueva es mejor para las tierras de cultivo por dos factores: 1) encapsula las fuerzas de la naturaleza, 2) trae consigo las fuerzas de los conocimientos de los andinos.

En cuanto al primer punto, los pequeños agricultores de Subtanjalla dicen preferir el agua nueva que viene de las serranías porque ella trae consigo los minerales y nutrientes propios de las zonas altoandinas. “Esa agua trae una capita de barro que es rica en sales minerales”, comentó en una ocasión don Cipriano Hernández, pequeño agricultor apodado Chipa. Además de las sales minerales que vienen del suelo, el agua nueva se enriquece debido a las lluvias que caen sobre los nevados y las lagunas altoandinas. “Tú ves el agua nueva y es marrón. Pero la parte marrón es una cubierta que esconde al agua purita de manantial y de deshielos. Si los cauces estuvieran limpios esa agua, una vez que la chupa el suelo, fuera agua de manantial. Por eso es que Ica siempre ha tenido una rica agua”, afirmó Lucho Escate.

Es así que los pequeños agricultores argumentan que el *agua nueva* es una mezcla de *yocle* (nutrientes y sales minerales en forma de un barro espeso y marrón) y agua pura proveniente de las lagunas, manantiales y glaciares andinos. Por ello es que dicen que el agua nueva es aprovechada doblemente; en primera instancia el agua nueva con *yocle* es ideal para la tierra, y en segunda instancia, el agua filtrada es ideal para el consumo humano.

Con relación al segundo punto, el encapsulamiento de las fuerzas de las *culturas* serranas, los pequeños agricultores afirman que la constitución del *yocle* no solo es algo únicamente natural. “El *yocle* también se forma gracias a los conocimientos de los serranos. Allá arriba dicen que quemar sus chacras, y toda esa ceniza le hace bien a la tierra. Y esas cenizas viajan hasta el agua y con el agua de río viajan hasta nuestras chacras”, me explicaba Julio Espinoza. “La gente no solo cultiva sus tierras sino que dicen que también hacen rituales con la hoja de coca, o pagos a la Pachamama, para que sus dioses... Apus, creo que le dicen... enriquezcan sus tierras y aguas. Esas mismas aguas son las que vienen hasta nosotros”, continuó con su explicación.

Preguntándoles con mayor insistencia, me dijeron que en Ica “ya no hay rituales para llamar a las lluvias” o “para darle fuerza al agua de avenida”. “Esas son cosas de la cultura de la sierra, en nuestra cultura ya nos hemos olvidado, son cosas del tiempo de antes. Esas son cosas de la gente de antes, pero ya eso no se practica más. Por eso es importante que venga el agua de la sierra porque trae esencias que allá le dan aquí ya no sabemos como darle”, dijo Lucho Escate. Es así que el agua nueva no solo trae consigo la fuerza de los minerales y nutrientes de la naturaleza sino también la fuerza de los rituales y pagos que los agricultores serranos le ofrecen a sus dioses. Esto es, el agua nueva no puede considerarse, incluso desde el punto de vista de la metafísica occidental, como únicamente producto de la naturaleza sino que es un tipo de agua que es *compuesta* por los andinos y sus conocimientos e *interpretada* por los costeños y sus formas de interactuar con ella. Es un agua que contiene fuerzas vitales materializadas en el *yocle*.

Es decir, el agua nueva, más que biogenética, es una entidad *biosocial* que aproxima y simetriza las relaciones que, desde la metafísica occidental, dividimos en los campos de lo natural y lo social. Esto resuena con la advertencia de Guattari quien nos

dice que “hoy menos que nunca puede separarse la naturaleza de la cultura, hay que aprender a pensar ‘transversalmente’ las interacciones entre ecosistemas, mecanósfera y Universo de referencia sociales e individuales” (Guattari, 1990: 33).

Los pequeños agricultores han aprendido a no disociar lo biológico de lo social, es decir, saben pensar transversalmente⁴ permitiendo que la multiplicidad ecosófica pueda mantenerse latente. Por ello, a diferencia de la cosmología occidental moderna que no soporta la heterogeneidad de territorios existenciales, la cosmología de los pequeños agricultores subtanjallinos celebra la diferencia ya que, a pesar de catalogar las prácticas agrícolas andinas como pertenecientes al tiempo de antes, no las desdeñan como obsoletas. Por el contrario, las valoran debido a que son prácticas que potencian las fuerzas vitales del agua de una forma que las prácticas modernas no saben hacerla.

El *yocle* como *pharmakon*

—El agua nueva es buena, por lo general. Pero a veces no sirve ponerle mucha agua nueva porque hay agua nueva que viene o demasiado fría o demasiado barrosa, es decir que viene con mucho *yocle*. Si viene demasiado fría puede hacer que se caigan todos los pequeños brotes de las uvas, y si viene ya muy barrosa te puede ahogar las parras. El *yocle*, si viene en cantidad, hace que el agua esté muy barrosa. Eso ya no deja florecer bien a las parras. Las tapa y encima de la tierra se forma una capa de barro bien dura que después es difícil sacarla. Te malogra todo. Pero ya cuando uno tiene años en esto de la chacra, uno ya conoce a su chacra y también conoce bien el agua que viene. Son aguas de temporada, por eso uno ya sabe que agua viene dependiendo del tiempo. Pero ahora como los tiempos están locos, ya es más difícil de saber ¿no? (C. Hernández, comunicación personal, 2017)

Debemos entender que el *yocle* no es una panacea que tiene, como característica intrínseca, la capacidad de fertilizar toda tierra que toque. Esto es, el *yocle* no es una esencia estable y definitiva sino una sustancia inestable que demanda a los pequeños agricultores que se conviertan en una parte integral de su proceso de fabricación. En este sentido, comprendí, el *yocle* es una especie de *pharmakon* que se caracteriza por sus efectos (eficacia) y su falta de identidad (no es una esencia definida). *Pharmakon* que debe ser entendido como aquella sustancia altamente inestable que, de ser suministrada correctamente, puede curarnos o, de errar en la dosis, podría matarnos por envenenamiento (Stengers, 2010: 29).

Por lo tanto, para que el *yocle* tenga los efectos deseados por el pequeño agricultor, es necesario que este domine el arte de la dosificación del agua nueva. Mucho *yocle* mata las plantas mientras que su ausencia no nutre a la tierra. Para saber cuánto *yocle* se necesita, el pequeño agricultor le pregunta a la tierra y a las plantas que se asientan sobre su terreno. Tiene que trabajarlas, estar en contacto directo con ellas ya que cada tierra necesitará cantidades de *yocle* distintas. Por ello, el *yocle* podría ser definido como una fuerza-agua la cual necesita al pequeño agricultor para ser modulada. Como la alquimia, la modulación del *yocle* se instaura como arte mundano transformado por gestos especulativos que se alejan de la abstracción pura. La modulación del *yocle* es, por lo tanto, “un acto de creación situado e inmanente preocupado por los cuándo, dónde y cómo, con las abstracciones y sus consecuencias, con las prácticas y sus sueños, con los eventos y los posibles que estos crean (Savransky, 2018: 6).

4 Por transversalidad entiéndase el “plano que “permite la conexión y el pasaje entre las tres ecologías y aquello que permite el sobresalto creador, relativo, de una en relación a la otra” (Moreira Lima, 2019: 234).

En el mundano arte de la modulación del *yocle*, el pequeño agricultor se detiene a ver el color, la dureza y la humedad de las tierras de sus chacras. Si está muy blanca es porque no tiene los minerales suficientes. Si está muy dura es porque necesita agua bastante líquida y no tan espesa. Y si está húmeda no necesita más agua sino del arado. En cambio, si la tierra está muy marrón es porque ya no necesita más minerales. Si está muy blanda es porque necesita algo más de *yocle* espeso para que agarre consistencia. Y si está muy seca, necesita agua con urgencia.

Además de conversar con la tierra, el pequeño agricultor tiene que escuchar a sus plantas. Tiene que estar atento a cuánta uva producen sus parras en comparación a años anteriores y a la producción de los vecinos. Tiene que ver si sus árboles frutales están floreciendo bien o si está perdiendo follaje inexplicablemente. “Se conoce por el tamaño de las frutas que bota, por su sabor. Si la fruta está muy aguachenta es porque nos pasamos de agua, si está muy fría es porque también nos pasamos. Si la fruta se demora en madurar es porque le falta fuerza. Si la fruta está chiquita es que también le falta fuerza. Los árboles solitos te van indicando, pero uno tiene que saber leer”, me explicaba el Soldado.

Ayudando a los pequeños agricultores aprendí, por ejemplo, que lo que le da el sabor y la textura a las frutas es la combinación de la fuerza del agua con el calor del sol. Para que una fruta esté carnosa y grande necesita de la fuerza del agua, mientras que para que esté dulce y madura necesita de la ayuda del calor del sol. Por ejemplo, cuando las frutas tienen un buen tamaño pero nunca terminan de madurar o de endulzarse es porque son producto del exceso de agua o de la falta de sol. Por el contrario, hay frutas que rápidamente se *pasman*, es decir, que rápidamente maduran y se tornan muy dulces pero al encontrarse pequeñas de tamaño, caen del árbol antes de tiempo y se pudren más rápido de lo normal.

Además de dialogar con la tierra y las plantas, los pequeños agricultores deben aprender a ver el *agua nueva*. Cuando Rache, el bocatomero de la compuerta del río Ica, les avisa que el *agua nueva* está llegando a sus canales de irrigación, los pequeños agricultores salen a los canales para ver cómo está viniendo el agua. Dependiendo de la densidad y el color de la misma, además de las cualidades de la tierra y sus plantas, el pequeño agricultor decidirá si irriga su terreno o si deja que corra el agua para que sea aprovechada por otra tierra.

Es así que el pequeño agricultor está obligado a negociar con su ambiente (sobre todo con la tierra y sus plantas) y con el agua nueva para que el *yocle* pueda surtir el efecto positivo que este busca. En palabras de Stengers, podríamos decir que el *yocle* compromete a los pequeños agricultores, y a todos aquellos que acepten el reto de lidiar con él, a *pensar a través del medio* (2015); es decir, a pensar a partir de lo que requiere el medio (pensar pragmáticamente), pensar desde el pliegue que se forma entre lo macropolítico (las políticas del Estado y las decisiones de sus representantes) y lo micropolítico (las relaciones entre pequeños agricultores y su ambiente), y pensar transversalmente (a través de los tres registros ecológicos: ambiental, social, y mental). Pero este es un compromiso que debe asumirse o debe recusarse. De asumirse, como lo hacen los pequeños agricultores, se requerirá de mucha paciencia ya que dominar este arte lleva bastante tiempo y el esfuerzo de saber lidiar con la confusión e incerteza.

Aunque yo no lo he visto, he escuchado decir que en ocasiones, cada vez más extrañas debido a la intensificación de la escasez del agua, los pequeños agricultores dejaban correr toda el *agua nueva* que venía con demasiado *yocle* hasta que desembocara en el desierto porque, como me explicaron constantemente, el desierto es un reservorio de agua de pozo (agua subterránea).

El desierto como reservorio de tierra fértil y agua potable

Como de costumbre, en una tarde cálida y soleada, fui a visitar a Carmela Pérez, habitante del distrito de Subtanjalla. Caminando en medio de la polvorienta avenida San Martín, me di cuenta de que, a diferencia de antes, ya no se podían ver las amarillas dunas en el horizonte. El asfalto, en forma de carreteras, y el cemento y los ladrillos, en forma de casas y edificios, cubrían ya la mayoría de las dunas. Después de dos cuadras, llegué a la casa de Carmela y me sorprendió encontrarla tomando el té con doña Juana Peña, una de sus vecinas. Me invitaron a sentarme y a tomar una taza de té con ellas.

Antes de mudarse a Subtanjalla, las familias de ambas habían vivido en la hacienda La Macacona, que se ubica unos tres kilómetros hacia el oeste del actual centro de Subtanjalla, para el otro lado de la panamericana sur. Carmela Pérez era la hija de la dueña del tambo (pequeña tienda) de la hacienda mientras que Juana Peña era hija de uno de los peones de la hacienda que, en la época en la que ellas vivían allá, tenía como dueña a la familia Picasso. Mientras conversábamos sobre sus vidas en la antigua hacienda, ellas me hicieron notar que el problema de la escasez hídrica siempre había estado presente. Sin embargo, en la actualidad, debido a que ya no se sabe cómo articular apropiadamente con el agua y las pampas, la situación de escasez hídrica se ha intensificado aún más:

—Estamos en medio de las pampas y la falta de agua es algo con lo que siempre hemos vivido. Hemos aprendido a vivir con lo que teníamos. Pero actualmente, todos quieren vivir mejor, quieren tener más. También es cierto que ahora ya somos mucha gente, las ciudades son más grandes, las pampas y las chacras más pequeñas. Es por eso que si decimos que antes el agua ya faltaba, ahora con todos estos cambios estamos viviendo en tiempos críticos —argumentó doña Juana.

—¿Doña Juana, usted cree que la situación actual es peor que nunca?— pregunté.

—Bueno, según yo, puedo decir que cuando vivíamos en medio de la pampa, no había nada más que unas pocas casas hechas de paja y barro y pocas haciendas aquí y allá. Éramos pobres, es cierto, pero vivimos mejor que ahora que la gente tiene más cosas materiales— respondió.

—¿Por qué es peor?— insistí.

—Antes las pampas servían como depósitos de agua. Nadie sacaba agua de allí a menos que realmente la necesitara. Ahora, con los agronegocios, las *invasiones* [nuevos asentamientos poblacionales de las personas] y los recién llegados, todos quieren tener más porque otros tienen más. Antes Subtanjalla tenía solo tres pozos, ahora esto parece territorio de hormigas. Hay agujeros por todas partes —argumentó doña Juana. (C. Pérez y J. Peña, comunicación personal, 21 de mayo de 2017)

En esta conversación destacaron varias ideas. Sin embargo, para el presente texto hay una idea que me parece bastante relevante: la conceptualización del desierto no como un territorio árido e inhóspito, resultado de la escasez hídrica, sino como límite del crecimiento urbano y como reservorio de agua. Esto revierte la concepción canónica de desierto que se desprende de su etimología, aquello que ha sido privado de fertilidad (*de-serere-tus* en latín).

Por el contrario, y como dedujeron doña Juana y doña Carmela, un desierto también puede ser visto como una entidad activa, la cual intencionalmente niega la expansión

del terreno fértil de la humanidad para la protección de los seres que en él y con él habitan. Fue así que entendí, en primer lugar, que *las pampas* (el desierto) son, bien en el fondo, un gran acuífero.

“Los ingenieros quieren que usemos toda el agua, que nada llegue al desierto porque dicen que se desperdicia. Pero nosotros dejamos que se vaya porque el agua nueva va haciendo que la tierra del desierto se vuelva buena y además, estamos guardando agua de pozo para cuando necesitemos”, me comentó en una ocasión don Pacheco, pequeño agricultor afroperuano del distrito de Subtanjalla. Cuando los pequeños agricultores dejan correr el agua al desierto no lo hacen por ignorancia sino porque saben que aunque en la superficie esta parezca evaporarse, en realidad lo que hace es bifurcarse: en la tierra deja la fuerza del *yocle*, y en sus entrañas reserva el agua purificada.

Por ello, además de ser un gran acuífero, el desierto es también un reservorio de tierras que, con el tiempo y, debido a las grandes cantidades de agua vertida, se han transformado con ayuda de las poblaciones de la sierra y la costa en tierras altamente fértiles (de ser irrigadas). Pero, conforme conversaba con los pobladores de Subtanjalla, las tierras y el agua del desierto solo se empleaban en momentos de crisis. Por ejemplo, cuando las tierras que usualmente usaban para agricultura se *cansaban* o cuando en la sierra no había lluvias y, por lo tanto, el agua de los ríos escaseaba.

Sin embargo, desde la década de los noventa, sobre todo desde el período del neoliberalismo impulsado por el gobierno de Alberto Fujimori, este tipo de relación con el desierto ha ido cambiando. Ahora ya no se lo concibe como un reservorio de tierras y agua, sino como un gran espacio vacío, frontera natural que debe ser colonizado por la expansión urbana y por el agronegocio. Como dijo Hugo Muñante, “ahora los del agronegocio no solo nos roban el agua nueva sino también el agua de pozo que desde siempre nosotros hemos guardado”.

A este acaparamiento del agua superficial y subterránea a la que se refiere don Hugo Muñante se lo se conoce como “la siembra de cemento”. Lucho Escate, mientras viajábamos de Ica a Lima en el ómnibus, miraba por la ventana. Recuerdo que cuando estábamos cruzando por uno de los nuevos pueblos que se han ido formando a los lados de la panamericana sur, me dijo: “ahora mira como ya casi no hay espacio para la tierra. Todo es casa, casa, casa, casa. La ciudad crece y crece y se va tragando todito. Ahora las personas solo sabemos sembrar cemento. Por eso no queda ni agua ni tierra. Están asfixiando a las chacritas y a las pampas”.

A través de las reflexiones de Hugo Muñante y Lucho Escate, quedó claro para mí que en la contemporaneidad el desierto ha pasado a ser visto como un espacio natural vacío el cual necesita ser conquistado por el humano. Y es a través de esta conquista de los humanos, es decir, a través de la obsesión por la siembra del cemento y por la expansión del agronegocio, que las grandes y doradas extensiones de pampas van quedando cada vez más desiertas. El agua y los nutrientes que en ella reposaban se están acabando, por lo que los pequeños agricultores de Subtanjalla y otros distritos aledaños se están quedando sin las reservas que han acumulado a lo largo de generaciones.

Este proceso me recordó los argumentos expuestos por Imbassahy cuando, pensando conjuntamente con el sabio indígena Ailton Krenak, dijo que

(...) en el capitalismo lo fundamental es que todo se convierta (...) en objetos sujetos a la explotación (...) Con esta despersonalización del mundo, lo que solían ser diferentes sujetos se transforman en una sola humanidad que se autoconcede

el derecho de explotar una naturaleza transformada en recursos naturales.
(Imbassahy, 2020)

Igualmente, considero que lo dicho por Imbassahy, además de tener relación con lo expuesto por los pequeños agricultores de Subtanjalla, también guarda estrecha conexión con la propuesta guattariana:

Es necesario tomar en cuenta por ejemplo, hoy, no solo a las especies animales y vegetales, a los paisajes naturales que están amenazados, sino también a las especies culturales, como el cine de autor, a las especies morales, como los valores de solidaridad y de internacionalismo y, más fundamentalmente, a las “especies existenciales”, como la propensión a amar la diferencia, pero no solo correlativamente, también un gusto de vida, de iniciativa, de creatividad. (2013: 540)

Considero que lo expuesto por Guattari está en estrecha relación con el pensamiento de los pequeños agricultores de Subtanjalla ya que aquello que Guattari denomina “especies existenciales”, y que los pequeños agricultores denominarían “costumbres del tiempo de antes”, son prácticas en vías de extinción que se manifiestan a través de las ecologías ambientales, sociales y mentales. Son movimientos que, de forma opuesta al capitalismo que busca enriquecerse a partir del empobrecimiento radical de la riqueza del cosmos (concebido como la homogeneización de todos los medios, lo cual puede encontrarse resumida en la frase “la siembra de cemento”), procura enriquecer el cosmos a partir de la multiplicación de prácticas diversas (concebida como una heterogeneización de los medios).

Conclusión o por una ecosofía del agua

“El agua nueva es más que agua. No solo es la agüita que nos permite mantener con vida a las plantas, animales y a nosotros mismos. También es algo que nos hace unirnos y, también, pelearnos... Es algo que tiene bastante fuerza, que viene del más allá para acá y vuelve otra vez a irse”, me dijo Reina Pérez, mientras comíamos *mangos de chupar*, sentados a la sombra de las parras de su chacrita. La frase que ella profirió, “El agua nueva es más que agua”, quedó resonando en mi cabeza porque, ya sea de la misma forma o con una estructura sintáctica distinta, se repetía con cierta frecuencia entre los pequeños agricultores de Subtanjalla.

Y mientras más la oía, pasaba de ser una simple frase a develarse como un *ritornelo existencial* que, entendí, se tornaba una especie de espacio-tiempo habitable. Fue así como comprendí, gracias a la inmensa paciencia con la que los pequeños agricultores subtanjallinos me fueron explicando las cosas, que “el agua es más que agua” no era una mera frase, sino un aforismo que “debe ser continuamente interpretado, y al mismo tiempo no para de interpretar” (Goldman, 2016: 99-100). Esto es, “el agua es más que agua” es una breve expresión que espera adquirir su sentido a partir de que alguna fuerza exterior la interprete (entendiendo “interpretar” en su sentido musical), por lo que este tipo de frases o ritornelos existenciales subtanjallinos más que representar el mundo buscan abrirnos puertas a mundos otros de los cuales son parte.

Tiempo después, cuando ya me encontraba leyendo artículos académicos en la biblioteca del programa de posgrado en Antropología Social del Museo Nacional de Brasil, noté que el “más que” de los subtanjallinos podría ser comparable al “no solo” (*not only*) de De la Cadena y Blaser.⁵ La similitud que ambos compartían, pude entender,

⁵ Salvando la diferencia que el “más que” me parece tener una abertura desbordante que nos aproxima a un *no sabemos transcendental*. En el caso de los subtanjallinos no se puede definir exactamente

residía en la propuesta de rechazar la reducción de las entidades con las que cohabitamos a meras esencias. Tanto el “más que” como el “no solo” son, por lo tanto, términos equivalentes que nos invitan a sostener los espacios ecosóficos en los que cohabitan múltiples territorios existenciales sin la necesidad de homogeneizarse o invisibilizarse a partir de una jerarquización. Espacios ecosóficos que en lugar de funcionar bajo la lógica excluyente del “o” (“o es esto o es aquello”) funcionan bajo la lógica aditiva del “y” (“puede ser esto y aquello”). Espacios ecosóficos que funcionan bajo la lógica de una síntesis disyuntiva, término deleuziano para referir a una relación de confluencia que respeta la diferencia-en-sí mientras no obvia las diferencias relacionales. Síntesis disyuntiva que, como dice el sabio quilombola Antonio Bispo, nos recuerda que no todo lo que se junta necesariamente se mezcla ni todo aquello que se mezcla necesariamente se junta (Santos, 2015: 89).

Fue también debido al “más que” de los subtanjallinos que me fue posible entender, de forma paulatina, que el agua nueva es tres veces agua o, dicho de otro modo, el agua nueva es agua en tres registros diferentes. Como ya he referido anteriormente, en primer lugar, el *agua nueva*, según los mismos subtanjallinos, es un “recurso natural” que además de irrigar la tierra provee de nutrientes al suelo a través de su *yocle*. En este primer registro es importante notar que el *agua nueva* está escaseando cada vez más y su calendario se ha modificado radicalmente. Según los pequeños agricultores, la escasez del agua y el cambio en el calendario se deben al cambio climático, a la creciente demanda de la agroindustria y a la inequidad en el acceso al agua. Además de lo que los científicos llaman cambio climático, “también nos afecta la agroexportación. Ellos necesitan muchísima agua y por eso es que acaparan todo lo que pueden. Ahora el anterior gobernador regional ha comprado tierras en medio del desierto, por Ocucaje, bien lejos donde los quintos infernos, y hasta allá se llevan el *agua nueva* y a nosotros no nos sueltan ni un poquito”, afirmó Lucho Escate.

Además, entender al agua de avenida a la luz de la ecología medioambiental también nos lleva a pensar que, para los pequeños agricultores de Subtanjalla, el asunto no es dejar de emplear la tecnología, esto es, no recaen en un purismo ambientalista que cree que la solución es dejar de lado las tecnologías modernas. La cuestión es que estas tecnologías se empleen para poder habitar la tierra respetando las restricciones impuestas por la naturaleza, al mismo tiempo que se tiene que saber que algunas de estas restricciones pueden sufrir pequeñas modificaciones que sean acordes al tipo de tecnología que tenemos a nuestra disposición. Esto me fue clarificado por Hugo Muñante cuando dijo que “es un despropósito que en un desierto se planten espárragos que es un cultivo que necesita grandes cantidades de agua. Otra cosa diferente es plantar, en un valle, uvas que necesitan mucho menos agua. Se ha perdido la noción de ver si la tecnología puede ir de la mano con el lugar. Con la tecnología ahora todo parece posible pero no hay que ser ciegos”. En este sentido, la visión de los subtanjallinos es similar a la de Guattari cuando nos dice que:

El principio específico de la ecología medioambiental es que en ella todo es posible, tanto las peores catástrofes como las evoluciones imperceptibles. Los equilibrios naturales incumbirán cada vez más a las intervenciones humanas... Se podría perfectamente recalificar la ecología medioambiental de ecología maquínica, puesto que, tanto en el cosmos como en las praxis humanas, nunca se trata de otra cosa que de máquinas, y yo incluso osaría decir de máquinas de guerra. (1990: 74)

El segundo registro es el del *agua nueva* como catalizador social. El *agua nueva* convoca a que la población se unifique y los fuerza a dialogar con otras poblaciones. “Es bonito

lo que es el agua porque las fuerzas que circundan esa palabra la desbordan. Esto evita caer en la circunspección del “no solo” que, me da la impresión, insinúa por lo menos conocer y ser capaz de definir al menos uno de los significados que están encapsulados en ella.

ir a traer el agua porque uno va con su familia, con sus vecinos de chacra. Todos nos juntamos y vamos arriba del canal a negociar con otros grupos. Vamos, trabajamos juntos para traerla, y es bonito reunirnos así, nos hace sentir como una comunidad”, dijo Armando Galindo. El *agua nueva* no solo unifica mundos existenciales bifurcados, sino que también cohesiona a la comunidad de pequeños agricultores de Subtanjalla. “Sin hablar, ella nos llama y nos fuerza a que nos juntemos porque solos no hacemos nada. No se puede solo”, dijo Hugo Muñante. Sin hablar los convoca, los moviliza, los urge a relacionarse, al menos durante los días de riego. Eso no puede hacerlo el agua de pozo, ya que esta se consigue yendo a la oficina de la Junta de Usuarios y pagando cincuenta soles por hora de uso.

Y no solo eso, sino que también el agua de avenida cataliza las relaciones entre elementos heterogéneos y potencia la multiplicidad de praxis sociales mientras que el agua de pozo radicaliza la individualización y reduce todo tipo de relación a una monetaria. Esto es, mientras que para conseguir que el agua de avenida llegue a la chacra de uno, se tiene que negociar con otros seres (humanos y no-humanos) y desarrollar prácticas diversas como, por ejemplo, la modulación del *yocle*, para hacerse con el agua de pozo solo basta con pagar un monto determinado. Esto me llevó a pensar en la idea de ecología social propuesta por Guattari, la cual enfatiza que “los diversos niveles de práctica no solo no tienen que ser homogeneizados, conectados unos con otros bajo una tutela trascendente, sino que conviene hacer que entren en procesos de heterogénesis” (1990: 48). Es decir, el agua entendida en el registro de la ecología social actúa como un elemento que fomenta la congregación de componentes heterogéneos los cuales, a pesar de ser diferentes y tener intereses distintos, consiguen articularse fomentando la manutención de esas diferencias. El *agua nueva* es valiosa porque en ella se unifican los mundos y las prácticas existenciales que son reducidas en la metafísica occidental. Es a través del recorrido del agua que estos múltiples mundos se vuelven a unir y, al unirse, le devuelven la fuerza al mundo en común que nos sostiene a todos los terráneos que en él habitamos.

El tercer y último registro del *agua nueva* es el de “las otras sangres”. El *agua nueva* es un elemento que unifica “las culturas o sangres” desde las montañas serranas hasta la boca de los ríos. El *agua nueva* junta las sangres de los *serranos*, de los *cholos*, de los *negros* y de los *chinos*, todos agricultores o, como dicen en Subtanjalla, “gentes que viven de la tierra”. Pero al hablar de sangre o cultura, comprendí que no solo se habla de cuestiones bioculturales, sino también de ideas. En este aspecto, el *agua nueva* se diferencia radicalmente del agua de pozo ya que la primera no solo contiene nutrientes que la segunda no posee sino que está constituida por, y a la vez constituye, pensamientos e ideas múltiples. Para los subtanjallinos es importante no tener solo un pensamiento o una sola idea, ya que es gracias a la multiplicidad de ideas y pensamientos que se puede impulsar su propagación y transformación a través del diálogo. Por ello, podría decirse que este último registro guarda estrecha relación con lo que el antropólogo británico Bateson denominó ecología de la mente, la cual “deja de ser asuntos de psicología individual y se convierte en partes de la ecología de ideas o sistemas de ‘mentes’ cuyos límites dejan de coincidir con la piel de cada uno de los participantes individuales” (Bateson, 1985: 237).

En suma, los pequeños agricultores de Subtanjalla son conscientes de que el *agua nueva* es una, pero que se da, como mínimo, en las articulaciones de estas tres dimensiones. Por eso dicen que “el *agua nueva* es más que agua”. Asimismo, al saberla múltiple, son conscientes, a diferencia de los otros grupos de actores involucrados en la agricultura de la región de Ica, de que el *agua nueva* es valiosa, más valiosa que las otras aguas, porque ella nos remite a una articulación ético-política entre tres ecologías diferentes, la ambiental, la social y la mental; agenciamiento catalizador de territorios existenciales que Guattari denominó *ecosofía* (1990).

Bibliografía

- » Bateson, G. (1985). *Pasos hacia una ecología de la mente*. Buenos Aires, Lohlé-Lumen.
- » Cancino, I. (2012). *La agroexportación y el acceso al agua para consumo humano en Ica*. Lima, RedGE-CEPES.
- » De La Cadena, M. (2015). *Earth beings: ecologies of practices across Andean worlds*. Durham, Duke University Press.
- » Debaise, D. y Stengers, I. (2016). "L'insistance des possibles. Pour un pragmatisme spéculatif". *Multitudes*, 4(65): 82-89.
- » Goldman, M. (2016). *Mais alguma antropologia: ensaios de geografia do pensamento antropológico*. São Paulo, Ponteio.
- » Guattari, F. (1990). *As três ecologias*. Campinas, Papirus.
- » -----. (2013). *Qu est-ce que l'écosophie?* París, Lignes.
- » -----. (2017). *La revolución molecular*. Madrid, Errata naturae.
- » Imbassahy, A. (2020). *El arte de sostener el cielo por la diferencia*. Borrador.
- » Massumi, B. y Stengers, I. (2009) History through the middle: Between Macro and Mesopolitics. *INFLExions* 3, 10.
- » Moreira Lima, V. (2019). *A partir de Guattari 1*. Río de Janeiro, Ponteio.
- » Murra, J. (1974). Ethnohistory: South America. *Handbook of Latin American Studies*, 38: 108-109.
- » Oré, M. T.; Bayer, D.; Chiong, J. y Rendón, E. (2014). La guerra por el agua en Ica, Perú. El colapso del agua subterránea. En Guevara-Gil, A. y Verona (eds.). *El derecho frente a la crisis del agua en el Perú: primeras jornadas de derecho de aguas*, pp. 269-294. Lima, Centro de Investigación, Capacitación y Asesoría Jurídica del Departamento Académico de Derecho (CICAJ-DAD).
- » Santos, A. B. (2015). *Colonização, Quilombos – modos e significações*. Brasília, INCT.
- » Savransky, M. (2018). Isabelle Stengers and the dramatization of philosophy. *Sub-Stance*, 47(1): 3-16.
- » Solhdju, K. (2014). Celebrating Equivocation. Or: Isabelle Stengers' pharmacy. Conferencia dada en FRIAS.
- » Stengers, I. (2010). *Cosmopolitics I*. Londres, University of Minnesota Press.
- » -----. (2015). In catastrophic times: Resisting the coming barbarism. Open Humanities Press. Disponible en: <http://openhumanitiespress.org/books/titles/in-catastrophic-times>
- » Strathern, M. (2004). *Partial Connections*. Nueva York, Altamira.
- » Viveiros de Castro, Eduardo. (2004). Perspectival Anthropology and the Method of Controlled Equivocation. *Tipiti: Journal of the Society for the Anthropology of Lowland South America*, 2 (1).

Luis Reyes Escate

Doctorando del posgrado en Antropología Social del Museo Nacional de Brasil, Universidad Federal de Río de Janeiro, y miembro del Núcleo de Antropología Simétrica (NAnSi). Profesor auxiliar de la Escuela de Antropología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (Lima, Perú). Autor del libro *Negros Devenires* (2018).

